

## 1 Juan

### 1 Juan 3:1-2

Cuarto domingo de la Pascua, 2003 Hechos 4:23-33; 1 Juan 3:1,2; Juan 10:11-18

Himnos: 77, 239, 82

Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no lo conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es. 1 Jn 3:1-2

A veces tenemos metas muy elevadas. Puede ser el joven que busca una carrera profesional. Puede ser el atleta que busca ser estrella de fútbol. Puede ser la chica que sueña con el enamorado que espera encontrar que le tratará como una princesa. Puede ser la madre que sueña con lo que sus hijos lograrán en la vida. Una cosa que es común en esos casos es que a medio camino las dificultades llegan a parecer tan pesadas que hay la fuerte tentación de abandonar el camino. Eso es lo que enfrentaban los cristianos en el tiempo de Juan. Hubo persecución, falsos profetas, dificultades en la vida, y cuando ponían toda su atención en esas cosas, podrían fácilmente olvidar las realidades mayores que Juan y los demás apóstoles les habían proclamado. En tiempos en que hay la tentación al desánimo, necesitamos que se nos recuerde otra vez lo que somos y lo que es nuestra meta. Eso es lo que Juan hace para los cristianos del fin del primer siglo y para nosotros con las palabras de nuestro texto. Lo más importante es que no depende de nuestros débiles esfuerzos y habilidades. No, Dios mismo es la fuente de nuestro estado actual y él es quien nos guiará seguros a nuestro destino eterno.

Veremos que **el amor de Dios lo hace todo**. No sólo nos ha hecho lo que somos ahora, hijos de Dios, sino que nos hará muchísimo más en el futuro; nos hará semejantes a Cristo cuando lo veamos en el futuro.

El amor de Dios nos ha hecho lo que somos ahora. Juan describe esta acción del amor de Dios en las palabras: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios”. Juan se asombra por este hecho, y nos invita a unirnos en su asombro. Y creo que si vemos cuál era nuestra situación cuando Dios nos encontró, sí nos asombraremos con él por la inmensidad de este amor de Dios.

Dios nos ha dado el privilegio de ser hijos de Dios ahora. Lo inmenso de este amor viene cuando consideramos en qué condición estábamos. Pablo nos dice en Efesios 2: “estabais muertos en vuestros delitos y pecados”. Describe nuestra condición natural como igual a la del mundo que perece.

Dice que seguíamos la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia”. Dice que nosotros también vivíamos entre ellos, “andando en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos”. Así describe nuestra condición natural como de ser “por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás”.

Amigos, esto no es mi opinión subjetiva pesimista acerca de nuestra condición. Es lo que Dios pronuncia sobre mí, y yo tengo que reconocer allí mi verdadera imagen. Pablo escribe a cristianos en Éfeso, y les dice que ésa es su condición. No somos cristianos e hijos de Dios porque éramos amables y atractivos, o por virtud de algún bien en nosotros, aunque fuera sólo una chispa. La descripción dice “muertos”, y dice que éramos “hijos de la ira”. Esa expresión significa que estábamos sujetos a la ira de Dios, condenados a su terrible juicio, “lo mismo que los demás”. No hay absolutamente nada en nosotros que motivara que Dios nos amara.

Sin embargo, Dios nos amó. El amor del Padre ha producido el gran cambio en nuestra situación, de ser “hijos de la ira”, sujetos a su ira y juicio y condenación, a ser “hijos de Dios”. ¡Que Dios amara y llamara sus hijos a criaturas así de rebeldes e indignos! ¡Eso sí asombra sobremano! “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios”. ¡Qué título de amor! Es obvio que la única motivación para esto viene del mismo corazón amoroso de Dios. ¡Amar a criaturas miserables como nosotros! Podemos ver por qué Juan también tiene que declarar asombrado que “Dios es amor”.

Todo esto fue posible sólo en Cristo. En su Evangelio Juan habla de Cristo como la luz verdadera que vino a su mundo. Se queja de que, aunque estaba en el mundo y el mundo había sido hecho por él, el mundo no lo recibió. Aun su propio pueblo que había sido preparado para su venida por el trabajo de los profetas lo rechazó. “A lo suyo vino, pero los suyos no lo recibieron”. Sin embargo, sigue para declarar: “Mas a todos los que lo recibieron, a quienes creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”.

Sí, es por la gran obra misericordiosa del Verbo de Dios, Cristo, que tomó nuestra carne, se cargó con nuestros pecados, pagó la pena en el Calvario, y resucitó triunfante para testificar que en verdad había obtenido la victoria sobre nuestro pecado y condenación, que nosotros ahora somos los hijos de Dios. En Gálatas Pablo también nos dice que es por fe en Jesús, y porque su justicia ahora cubre todo nuestro pecado e injusticia, que nosotros ahora somos los hijos de Dios. “Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”.

No debemos entender esto como si Dios sólo estuviera llamándonos así, pero que no hay nada de realidad en eso. A pesar de que todavía tenemos una carne pecaminosa, también tenemos una nueva naturaleza que Dios mismo ha creado en nosotros, y nos considera según esa nueva realidad. Aunque todavía pecamos mucho diariamente, la justicia de Cristo realmente ha cubierto todas nuestras injusticias. Aunque muchas veces nosotros sentimos dudas y nos preguntamos cómo Dios podría amar a un pecador como yo, lo hace, y lo ha hecho en Cristo quien dio su vida por nosotros.

Cuando Dios declara que algo es así, así es. Cuando dijo “Sea la luz”, hubo luz. Cuando dice, “Ahora eres mi hijo”, realmente eres su hijo. No hay por qué dudar. Así en los mejores manuscritos nuestro versículo añade las palabras, “y lo somos”. Sí, lo somos. Dios lo ha declarado, y él no miente.

Esto es cierto aunque el mundo no piensa que es así. Juan francamente dice que “el mundo no nos conoce”. El mundo, los que no han creído en Cristo, piensa que es pura ilusión cuando confiamos en que somos hijos de Dios. Piensa que es una vana jactancia, un orgullo injustificado. Piensa que tal vez un gran santo que hizo mucho esfuerzo por llevar una vida perfecta podría merecer el título de hijo de Dios, pero que se llamara a pecadores como nosotros hijos de Dios, lo considera una locura.

Juan nos da la explicación de ese juicio errado con mucha sencillez. El mundo piensa así porque “no lo conoció a él”. No ha conocido a Dios. La prueba está en el hecho de que piensa que ser hijo de Dios es asunto de mérito, que uno tiene que ganarlo con sus propios esfuerzos y obras, que sólo un gran supersanto podría merecer el nombre. Sin embargo, Dios se revela como el Dios que ha amado a los pecadores en Cristo, que en él y su obra expiatoria ha hecho todo lo necesario para redimir a los pecadores, y que ahora los pecadores se salvan “por gracia ... por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe”. De un Dios así no quieren oír, así que a los que son hijos de este Dios por gracia, por la fe en Jesús, no los conocen. Sólo escucharán de un dios que premiará sus esfuerzos y sus obras y los honre en base a ellos.

Sí poseemos esta honra y esta gloria, sólo por la gracia y misericordia de Dios, de que ahora somos los hijos de Dios. No se ha revelado esto todavía. No nos parecemos muy diferentes de los demás. Esto es asunto de fe, no de vista, aun para nosotros mismos. Es cierto, “Ahora somos hijos de Dios”, pero también es cierto que “aún no se ha manifestado lo que hemos de ser”. En esto nuestra situación es similar a la de Jesús mismo en su estado de humillación, cuando anduvo entre los hombres con la apariencia de ser sólo uno más entre muchos. Su verdadera gloria

celestial, en gran parte, quedó oculta bajo la apariencia humilde de que oímos hace poco, que “se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres”. Sin embargo, ahora ha dejado atrás ese estado de humildad y Dios le ha dado “un nombre que es sobre todo nombre”, un estado de gloria suprema. Así que, agradezcamos lo que Dios nos ha hecho ahora, permitir que seamos llamados hijos de Dios, y anticipemos lo que aún hará por nosotros en el futuro.

¿Qué hará Dios por nosotros en el futuro? Nos hará semejantes al Cristo glorificado. “sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es”. Vendrá el día, cuando nuestro Señor regrese, cuando ya no tendremos la humilde apariencia de ahora. Como nuestro Redentor, después de pasar por los sufrimientos de esta vida, entraremos a la gloria celestial. Allí veremos cara a cara a nuestro Señor Jesucristo en toda su gloria.

Esto sería suficiente para que estemos contentos por toda la eternidad. Sin embargo, Dios nos promete más. Dice que no sólo veremos a Cristo en toda su gloria, sino que seremos como él.

Podemos tener una débil idea de lo que significa esto de una historia bíblica. En el día de la transfiguración de Jesús, Pedro, Jacobo y Juan vieron a Jesús en su gloria. Se describe con el rostro y hasta su misma ropa resplandecientes. La nube de gloria lo cubrió. Fue una clara manifestación de la gloria que él tenía desde antes de la fundación del mundo. Pero no estaba solo. También había dos creyentes que ya habían dejado este mundo y habitaban en el cielo hablando con él, “rodeados de gloria”, nos dice Lucas.

Pablo también nos asegura que seremos como el Jesús glorificado en la resurrección. En 2 Cor. 3:18 nos dice: “Por tanto, nosotros todos, mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor” (2 Co 3:18). Si esto nos sucede ahora porque vemos, sin el velo que cubre a los incrédulos, a nuestro Señor Jesús con los ojos de la fe, de modo que más y más somos conformados a la imagen de Cristo en la vida de la santificación, ¿cómo será en el día cuando nuestra santificación llegue a ser perfecta? Después de todo, en ese día ya no tendremos una naturaleza pecaminosa, sino veremos a aquel que es la santidad misma en perfecta santidad. La imagen y semejanza de Dios que perdimos en el Edén será totalmente restaurada en nosotros.

Y no tendrá fin. Así como él vive y reina para siempre en eterna gloria, nosotros lo contemplaremos siempre y seremos como él para siempre. Nunca habrá ninguna disminución de esa gloria. El clímax de todo el

misericordioso plan para nuestra salvación habrá llegado y nunca tendremos que descender de ese monte de gloria.

Y el amor de Dios lo habrá hecho todo. Gracias, Señor, por redimirme y hacerme ahora tu hijo, y gracias, Señor, por prometerme un futuro tan glorioso, un futuro con y como mi Redentor Jesucristo. Guárdame en la fe, para que siga siendo tu hijo cuando Jesús regrese y comparta yo también su gloria. Sé que todo lo que me pase ahora valdrá la pena, cuando tú y tu amor han hecho tanto por mí y que harás aún más, cosas que ni puedo comprender completamente ahora. Amén.